

“El-Sopórtalo-todo”

Francisca Antonia González
Premio Categoría Postgrado
Estudiante de Postgrado
Pontificia Universidad Católica de Chile
fran.anto@uc.cl

*La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad*

En un telegrama de 1917 se encuentra uno de los primeros intercambios de palabras entre dos de las figuras más importantes de nuestra educación nacional, la carta reza así: “un respetuoso y efusivo saludo de esta maestra andina que sigue con afectuosa admiración su labor de educador”. El destinatario era Pedro Aguirre Cerda y el remitente una tal Lucila Godoy, el primero, sería dos décadas más tarde presidente con su lema “gobernar es educar”, la segunda, además de conformarse la poeta más importante de Chile, se conformaría como un referente pedagógico capaz de trascender la historia. No es azaroso que, frente al Ex Instituto Pedagógico, la universidad por excelencia de los profesores de Chile, se halle un busto de Gabriela Mistral como si este fuera una metáfora fosilizada del rostro que posee nuestra educación. Aquella maestra andina, tan docente como poeta, legó en su arte y en su ejemplo la hermosura de la labor de enseñar a otros, mas como cualquiera, sintió el agrio cansancio que aquello supone. Indudablemente, podemos hallar numerosos escritos donde Mistral narra lo bello y el gran valor que tiene la educación, lo que significó que se le atribuyera aquel título de maestra-madre de las niñas latinoamericanas. Sin embargo, no hay que pasar por alto que tras ese imaginario asociado a las rondas pueriles hay una mujer dispuesta a decir “basta”.

Este ensayo no pretende argumentar que Mistral fue algo más que una educadora infantil, pues reflexiones al respecto abundan, ni tampoco consolidar o revivir aquel imaginario. Lo que se propone es agregar adjetivos al rol docente de Lucila Godoy, desprenderle de aquella vocación sempiterna que se le ha concedido y acercarla a un sentir común y contemporáneo: el cansancio de nuestro ejercicio. Lejos de lo que se

puede pensar, sorteando aquellos poemas que nos relatan la belleza de la educación y la niñez, Mistral esboza reparos al rol docente a partir de escritos que reflejan pensamientos gravosos y desganados, mismos sentires que se hallan ocultos tras las elevadas cifras del actual abandono del ejercicio docente. ¿Será que nuestra labor tiene por requisito soportar? ¿Será la gratificación por la enseñanza la única retribución que necesitamos? Todas las labores requieren pasión y una suerte de impulso inmaterial que sirva de motor, pero ¿por qué el ejercicio pedagógico reclama recelosamente a sus trabajadores aquel espíritu vocacional? Este escrito deambula por los valles de la pedagogía, mas no con un aliento jadeante, sino con un caminar presto y deseoso de alcanzar un otero.

Este ensayo consta de tres capítulos, en el primero, *A pesar del pesar*, procuro revisar correspondencia con el propósito de expandir aquel imaginario férreo de la maestra siempre sonriente hacia la infancia, como lo capturado en la portada de *Rondas de Gabriela Mistral y otras canciones para niños* (1981), quizás uno de los productos más populares y difundidos. En ninguna circunstancia debe pensarse que pretendo arrastrar a Mistral al oscuro pesimismo docente, sino que mi intención es esbozar una grieta que posibilite un imaginario desafectado de toda rigidez histórica, es decir, permitirle ser otra cosa, incluso si eso significa parecer una mujer cansada. En el segundo capítulo, *“El-Sopórtalo-todo”*, construyo una crítica desde la óptica mistraliana hacia aquella vocación docente que pareciera configurarse como un discurso ascético de la enseñanza, parangonándola, por supuesto, con la coyuntura nacional contemporánea. Por último, y porque creo en un porvenir para la educación chilena, el tercer capítulo, *Mi escuela de ladrillos*, plantea en tono propositivo una crítica a nuestro quehacer, visitando correspondencia de Gabriela Mistral con respecto a las recurrentes exigencias que requirió para continuar siendo profesora, sin sacrificar su proyecto de vida ni sus garantías laborales.

Invitamos a las y los lectores a imaginar una Mistral diferente: cansada, perspicaz, con la dulzura propia de sus rondas infantiles, pero con palabras agudas para poner límites. El presente ensayo piensa en los ecos actuales que puede tener el pensamiento educativo de Gabriela Mistral, prestando atención a los imaginarios que se le atribuyeron y, de forma especular, examinando cómo podemos constituirnos a partir de ellos.

A pesar del pesar

Lucila Godoy se vincula al quehacer pedagógico desde muy temprana edad, con diez años trabaja para la profesora Adelaida Olivares que padece de ceguera y, por tanto, ejerce para ella como “lazarillo”. Su tarea fue estar a su cargo la distribución de suministros escolares que donaba el gobierno (Horan 66). Sin embargo, la experiencia no fue grata, pues antes de terminar el periodo escolar las hojas se acabaron y Lucila fue acusada por las alumnas de robarlas. Las consecuencias fueron lamentables, tanto Adelaida como la directora de la escuela se sumaron a la imputa y determinaron que era necesaria una enseñanza moral. Es expulsada. Por su parte, las estudiantes esperaron que Lucila regresara a su casa para atosigarla con insultos y piedras en la plaza de Vicuña. La pequeña Lucila sería una roba-hojas, travesura que más tarde podría volverse una metáfora.

En 1906 la familia se ve azotada por la pobreza producto de las inundaciones en la localidad El Molle, por ello Lucila comienza a trabajar con tan solo catorce años en la escuela de La Compañía. Durante el día ayudaba de la maestra de primaria y durante horas vespertinas enseñaba a trabajadores del campo y estibadores del puerto. Se caracterizaba el centro educacional por sus pocos recursos; Mistral recuerda los pisos de tierra y los húmedos muros, y se sabe que tanto la escuela como la casa que habitó la poeta carecían de instalaciones sanitarias. Quizás desde ese entonces se empezó a forjar la vocación profesional y social de Mistral, quien no podía comprender su labor disociada de las aulas pobres y rurales. ¿Trabajar en contextos precarios, labor crucial para muchos docentes, siempre confiere una suerte de sacrificio profesional?

El mismo año su madre y hermana determinan que Lucila debe asistir a la Escuela Normal de La Serena para adquirir el título de maestra. Sin embargo, al padre Manuel Ignacio Munizaga le parece que su presencia es peligrosa para las otras estudiantes, conclusión a la que llega tras juzgar los escritos que comenzaba a publicar en los periódicos locales, los cuales catalogó como poco ortodoxos, paganos, incluso. Además, leía y daba a leer a otras alumnas obras científicas, gesto que Munizaga interpretó propio de un potencial caudillo. Un día, sin explicaciones, se le prohíbe el ingreso al

establecimiento. Lucila Godoy fue expulsada (Horan 119). La pequeña Lucila, la roba-hojas inocente, se estrellaría por segunda vez con el sinsabor de las aulas nacionales. Podríamos pensar que la misma motivación que tuvo en la travesura de hurtar hojas produjo que fuese injuriada, esto es su pasión por las letras. Me gusta pensar que esos mismos papeles robados en su infancia fueron empleados para practicar los escritos que más tarde espantarían a Manuel Ignacio. Que lamentable es identificar cómo se esboza conflicto y polémica entre el desarrollo del intelecto, refiriéndome con esto a la emergente labor escritural de Lucila, y al quehacer docente, siempre tan rígido y poco creativo. ¿Acaso no debiésemos ser nosotros los docentes los primeros y más interesados en ampliar y difundir nuestro conocimiento? He escuchado a profesores de Lengua y Literatura decir que no leen, obviamente esto implica la desactualización del conocimiento, sin embargo, me parece un gesto rudo juzgarlos cuando su carga horaria supera las cuarenta horas y su fin de semana lo dedican a preparar material didáctico, completar planificaciones, realizar informes de notas, fichas de estudiantes y un sinnúmero de tareas burocráticas que suprimen la pasión por enseñar. En efecto, el padre Munizaga comentó un gran error, pues cómo podríamos ser buenos docentes si no nos preocupamos de nuestra propia y constante formación.

En 1907 Bernardo Ossandón, Juan Guillermo Zavala y David Aguirre determinan que es un error dejar vegetar a la prometidora Lucila Godoy Alcayaga, por ello, se le asigna el cargo de secretaria-inspectora en el Liceo de Niñas de la Serena, que era dirigido por la alemana Ana Krusche. En esta ocasión la joven poeta no probó mejor suerte, pues varios testimonios confirman que la directora se caracterizó por tener un mal carácter que volcó sin escrúpulos a la nueva funcionaria. Hay dos razones que la poeta devela con el pasar de los años, la primera es que a Krusche no le agradó que Lucila matriculara estudiantes pobres subvirtiendo a las autoridades y la segunda es que en ello develaba su simpatía con el socialismo. Para librarse de su molestia, la directora redacta una carta de renuncia y solicita a Lucila que firme. Con todo, Mistral entabla una estrecha relación con la profesora Fidelia Valdés Pereira, un eslabón que la llevaría a conocer y establecer amistad con Pedro Aguirre Cerda.

A poco tiempo de “renunciar”, Gabriela Mistral conoce por casualidad al poeta Federico González, quien le ofrece ejercer la docencia en La Cantera, ella acepta de

inmediato y se encarga de las clases vespertinas, labor que posteriormente testimonia con alegría y nostalgia (Horan 128). Se registra que esta es la primera experiencia grata con la docencia y, coincidentemente, no involucraba jefes ni supervisores, de hecho, Lucila era la única maestra de la escuela. ¿Será una casualidad que la ligereza de espíritu se haya llegado cuando la maestra posee plena libertad de su quehacer? La verdad, no lo creo. Algo que me atosiga de la docencia academicista es saber que, aun cuando mi título universitario es reflejo de mis habilidades y capacidades para planificar, administrar y liderar el aula, se espera y exige que realice un trabajo groseramente convencionalizado. Cuando un profesor tiene pasión por su disciplina y vocación, pues la enseñanza constituye en sí mismo un fuerte potencial para impactar en el desarrollo personal e intelectual de sus estudiantes, sin embargo, el sistema educacional insiste en agobiarnos.

En el segundo apartado de “Oficio lateral” (1943), Gabriela Mistral realiza una reflexión en torno a la importancia de inventarnos un oficio colateral al de la docencia, pues este “trae en tal momento la salvación [...] A la hora de la crisis, cuando el tedio ya aparece en su fea desnudez; venga cualquiera cosa nueva y fértil, y ojalá ella sea pariente de la creación, a fin de que nos saque del atolladero”. Esta poeta, tan visionaria, hace cien años era capaz de percibir la pesada carga de nuestra labor, pero junto a ello la solución: hallar un oficio lateral que complemente la docencia. Ella, para la fecha, ampliaba sus contactos y conocimientos en el círculo artístico-intelectual y los utilizaba como una herramienta para ejercer su docencia. Cuando entabla amistad con el poeta anarquista Alejandro Escobar Carballo utiliza sus poemas para enseñar a declamar a los estudiantes vespertinos hilvanando así un proyecto de educación con sentido social.

En 1909 Lucila Godoy, con el apoyo de Fidelia Valdés Pereira, logró la oportunidad de ser examinada en marzo de 1910 en la Escuela Normal N.º 1 de Santiago. Su examinadora fue la misma directora, Brígida Walker, que rápidamente empatizó con la poeta, pues también ella debió comenzar a trabajar prontamente en su adolescencia para apoyar a su madre viuda. Para Mistral la docencia no es solo una labor hermosa, dulce si se quiere, también es su herramienta de subsistencia, es una trabajadora de la educación que empezó por necesidad y desde ahí configuró un proyecto educativo complejo y holístico que prestó atención tanto a las infancias como a los más marginados –los obreros, las mujeres y los reos– procurando construir una identidad latinoamericana que

reconociera a las comunidades indígenas y que se incluyeran a la naturaleza como un pilar fundamental del aprendizaje y el buen vivir. Al siguiente año Fidelia y Lucila se trasladaron a Traiguén, localidad situada en la región de la Araucanía. La orden indicaba que allí debía permanecer seis meses dictando el curso de economía doméstica. Sin embargo, antes de que se cumpla el periodo estipulado, la poeta solicita una licencia por motivos de salud. Se cree que la razón de fondo fue su incompetencia para la administración y las labores hogareñas.

En enero de 1911 Fidelia Valdés y Gabriela Mistral arriban en Antofagasta, ciudad añadida al territorio chileno hace tan solo veintisiete años, tras finalizar la Guerra del Pacífico. La zona se caracterizaba por ser un foco comercial del salitre y, en consecuencia, se proclamaba un fuerte discurso a favor del progreso. La maestra y emergente poeta dio a conocer su perspectiva del asunto indicando que “La literatura vale poco, muy poco, cuando no contribuye al progreso moral, fuente y raíz de todos los progresos”. En esta oportunidad la maestra, poeta e intelectual deja ver con claridad sus ideales políticos, antes del progreso económico debe estar el progreso moral fundamentado en la literatura.

Durante el periodo escolar Lucila Godoy fue asignada al Liceo de Niñas de Antofagasta. Fidelia Valdés ocupaba el cargo de directora y la joven poeta ejercía como inspectora y profesora de Historia y Geografía. Los lazos que estrechaba con Fidelia le permitieron conocer a Maximiliano Salas Marchan, director del Liceo de hombres de Antofagasta, fundador y miembro de la Asociación de Educación Nacional. El renombrado se convirtió en su mentor y puso a la poeta en contacto con Pedro Aguirre Cerda, quien había sido su alumno y mentor. Este sería el inicio de una amistad, no solo suscrita en la vasta correspondencia registrada, sino también recuperable en la dedicatoria de *Desolación*.

Entre 1912 y 1918, Gabriela Mistral reside en Los Andes junto a Fidelia Valdés. La joven poeta ejerce como profesora en el Liceo de Niñas de la ciudad, nuevamente bajo la dirección de Fidelia Valdés, a quien reconoce como una buena jefa, clemente y tranquila; incluso, viven juntas un período de tiempo dentro de la escuela. Gracias a la libertad con la cual se le permitió trabajar, trasladó las clases fuera del aula y logró volcar la visión del

quehacer pedagógico enfatizando la importancia del contacto con el medio natural, reflejo de aquello puede revisarse en textos como: “Infancia rural”, “Sobre la escuela rural”, “Maestros rurales”, “Recado de las voces infantiles”, “La escuela al aire libre”, “La maestra rural” y muchos otros. Nos parece interesante que a la fecha se considere este gesto como innovador, cuando en realidad fue implementado por Gabriela Mistral hace más de 100 años. Es una lástima que el desarrollo acelerado en su afán academicista, enfermo de progreso, haya ignorado y sepultado principios tan fructíferos y sencillos como este.

Con todo, no podemos dejar de mencionar el gran avance de su carrera crítico-literaria. En primer lugar, destacamos su cooperación con la producción y edición de textos de los *Libros de Lectura*, famoso proyecto que dirige Guzmán Maturana, quien presiona con ímpetu el trabajo de la poeta, mas no le retribuye ni un centavo. En 1914 gana los juegos florales, hecho que provoca que su correspondencia se duplique y que sus vínculos en la esfera intelectual y política se amplíen. Además, conoce a Laura Roding, su fiel amiga, secretaria y recadera, una joven encantadora y astuta que le apoya férreamente.

Uno de sus últimos destinos en Chile fue Punta Arenas, donde fue asignada como directora del Liceo de Niñas. Una de las más grandes contribuciones que realizó allí fue lograr que las vacaciones de verano se redujeran, con el propósito de instaurar dos semanas de receso en el mes de julio, para así resguardar la salud de los y las estudiantes del territorio Austral. Si bien la propuesta tuvo fuerte resistencia –principalmente porque durante los veranos los niños eran la mano de obra barata en la esquila de ovejas–, su determinación fue mayor. En noviembre de 1919 publica en la revista *Mireya* “Vacaciones de invierno (razones que las justifican)”, con este escrito y el apoyo de sus aliados políticos, entre ellos Pedro Aguirre Cerda, se aprueba el dictamen. Es preciso destacar que Mistral se dispone a enfrentar a las autoridades y a la burguesía con el fin de cuidar y proteger a sus niños, gesto digno de una maestra llena de pasión, vocación y osadía.

En 1922, cuando viaja a México, deja la docencia en nuestro país. En las décadas venideras se transformaría en la primera mujer chilena en desempeñar un cargo diplomático y trece años más tarde sería galardonada con el nobel, pero quisiera

centrarme en su tránsito en el sistema educativo chileno. La niña que en su infancia robaba hojas se transformaría no solo en una ferviente maestra, sino en una poeta nobel que llenaría las aulas chilenas de poesía. ¿Habría sido esa su manera de devolver los papeles robados? Si bien la poesía de Mistral no debe ser caracterizada solamente por su escritura hacia las niñeces, es una dulce coincidencia que muchos de nosotros estudiamos de pequeños algún poema de la educadora andina. Sin embargo, como pudimos ver a lo largo de este breve recorrido, la docencia para Mistral sería dulce y agradecida, y, como muchos de nosotros, sentiría el cansancio y la decepción estructural que atraviesa la pedagogía chilena.

El-Sopórtalo-todo

Mistral conoció experiencias docentes en distintos territorios del país, ya sea por necesidad o por sus planes de vida. A lo largo de aquellos años vivió en carne propia lo que significa ser docente en un Chile empobrecido, conoció de cerca las aulas precarias, los problemas educativos estructurales y los pesares que podría traer consigo el rol docente. En este apartado, considerando el recorrido anteriormente esbozado, presentamos una reflexión pedagógica actual a partir de la óptica mistraliana con respecto a una característica clave de la docencia chilena: la resiliencia.

Para mí la pedagogía tiene un aura particular. No solamente porque es la profesión que asumí, sino porque es una pieza fundamental para cualquier país que desee avanzar. La docencia no es otra cosa que el motor que posibilita distintos futuros para tal o cual sociedad, los docentes somos los constructores de las demás profesiones y, por tanto, el primer escalón de una estructura social-laboral compleja. Además, como si ello no poseyera una importancia vital, el destello que desprende el niño, el o la joven que hace suyo un conocimiento es simplemente mágico, descansa en sus ojos una esperanza tan individual como colectiva. Sobre esto Gabriela Mistral tuvo gran conciencia y atención y es, entre otras cosas, a lo que refería cuando escribió en “Recado de las voces infantiles”:

Esto es niños míos, estos niños de niebla y aire, casi irreales en su belleza menuda y pobre, tienen algo de cervatillos que aprontan el casco y giran el ojo en husmeo

de cazador. Hay, por eso mismo, que sorprenderlos en el canto como a los siervos en el bebedero: sin ruido de hojas ni aspavientos de presencia. (363)

Cuan grato es percibir la curiosidad y la ingenua sed de aprendizaje en aquellos que adoptamos con el fin de educar y formar. Sin embargo, debemos mantenernos alerta y reticentes ante la dulzura del gesto cotidiano y a la semejante importancia que resguarda la labor docente, pues, algunas veces, aquella pasión con la que asumimos la pedagogía se vuelve un arma de doble filo: ¿Nos hemos convertido en “El-Sopórtalo-todo” a causa del enorme amor con el que pretendemos realizar nuestra labor?

Roque Scarpa, en *Magisterio y niño* (1979), recopila en extenso las reflexiones de Mistral sobre el profesorado, principalmente sobre el instructor primario. En una nota periodística titulada *Oficio lateral*, género del discurso motivacional a los educadores, la poeta se atreve a esbozar “algunas desventuras que padece el magisterio” (45), afilando sus ideas contra la estructura social, la responsabilidad de ciertas clases políticas y el preponderante abandono económico. Mistral se pregunta: ¿qué lugar tiene la pedagogía en una sociedad obsesionada por el dinero y el poder? En enero del presente año, Comunicaciones CIAE de la Universidad de Chile difundió un estudio sobre la deserción docente en la educación pública y, contrario al escenario de las últimas décadas, las cifras muestran una tendencia a la baja, pero ¿qué ha acaecido para que exista una preocupación por una fuga docente? Esta problemática, que ya pareciera tener el estatuto de cicatriz histórica, queda suscrita en las palabras de Mistral cuando piensa en los docentes noveles: “El gozo se lo quebrará la vida en aldeas paupérrimas adonde inicie la carrera, y la fatiga peculiar del ejercicio docente le irá menguando a la vez la frescura de la mente y la llama del fervor” (44). ¿Y cómo no, si el trabajo administrativo aplasta la enseñanza? ¿Cómo no si la motivación es eclipsada por la falta de recursos? ¿Cómo no si el ímpetu transformador colisiona prontamente con la realidad?

Si estas consideraciones no fueran suficientes, a la ecuación hay que sumarle el reconocimiento que la sociedad le concede a la labor pedagógica, ya sea por medio de los sueldos o de los discursos de validación y prestigio. Hace ya varias décadas, quizás desde que la dictadura creó las universidades derivadas y reestructuró los institutos, pareciera que las pedagogías reciben a quienes no consiguieron entrar a las licenciaturas o a

quienes no gozan del capital económico y/o social suficientes para contar con una salida laboral estable. Pero no ha de sorprendernos, pues estas problemáticas son causa de la segregación social instaurada desde la conquista. Chile se ha construido con la diferencia de clases en las venas y Mistral lo anunció en 1943 al denunciar que los padecimientos del cuerpo docente de nuestro país son consecuencia de las “torpezas y cegueras de la clase burguesa y de la masa popular [...] La burguesía se preocupa poco o nada de los que apacientan a sus hijos y el pueblo no se acerca a ellos por timidez”. Además, a través de la correspondencia privada, podemos afirmar que la poeta juzgaba duramente las ambiciones clasistas de Ana Krusche, que negaba el ingreso de estudiantes pobres al establecimiento sin reparos para con su talento.

Volviendo al actual acontecer, remitimos al alza de los sueldos que permite la vigente carrera docente, sin embargo, en el imaginario colectivo persiste la idea de que nuestros salarios son bajos, que nuestras condiciones laborales son precarias y que el cansancio y sacrificio parecieran no tener límites... y, quizás, tienen razón. En las primeras décadas del siglo XX Gabriela Mistral hace una apreciación fulminante que, aunque confiera recriminarnos, es necesaria replantearla para nuestros tiempos:

Ellos [los profesores] seguirán siendo los grandes afligidos dentro del presupuesto graso de las naciones ricas y de los erarios más o menos holgados; los sueldos succulentos serán siempre absorbidos por el Ejército y la Armada, la alta magistratura y la plana mayor de la política. Afligidos dije y no plañideros, pues cada instructor parece llamarse "el Sopórtalo-todo". (47)

Hemos soportado una deuda histórica, las carencias materiales a la hora de educar, la denigración de nuestra profesión e, incluso, en este último tiempo, la violencia que se esgrime contra toda la comunidad escolar. A esta breve enumeración podríamos sumarle lo que cada docente puede identificar en su territorio. Sin embargo, me parece aún más urgente ubicar en el patíbulo un discurso que implícitamente nos ha arrojado a una posición ascética: la vocación a pesar de todo. ¿Por qué gran parte de los estudios universitarios no requieren constantemente hablar de vocación? ¿Será que ese “llamado”, atendiendo a la etimología de la palabra y sus connotaciones religiosas, supone siempre un sacrificio? La Subsecretaría de Educación Superior pareciera reconocer aquello

cuando señala que la Beca Vocación Profesor tiene por objetivo “el ingreso, permanencia y egreso de estudiantes destacadas/os a carreras de Pedagogía”, utilizando para ello aquel llamado –¿social, monetario, político?– al que debiésemos atender nosotros los docentes. Agradezco, en nombre del gremio, que cada vez existan más iniciativas que favorezcan el estado de la pedagogía, pero aquello solo evidencia la problemática situación en la que nos encontrábamos. Propongo cambiar los verbos; ya no debemos ser quienes SOPORTAN todo, sino los que no se CONFORMAN con nada.

La vocación pareciera haberse constituido como una dulce complacencia para afrontar los pesares de nuestra profesión. Lo que deviene en la creencia de que ninguna condición, por más desalentadora que sea, debe quebrar la voluntad de enseñar, aunque eso signifique hacer caso omiso a la necesidad de transformaciones estructurales. Me parece que el halo de violencia que ronda los establecimientos educacionales y, mediante el cual las redes sociales alimentan el morbo de nuestra sociedad, es un llamado de alerta para decir basta, no a los directivos de nuestras escuelas, sino al imaginario colectivo y, principalmente, a las políticas públicas. El sistema educacional que rige las dinámicas de nuestras escuelas está atiborrado de burocracia e ideales academicistas que, muchas veces, no cuenta con los recursos necesarios para gestionar los requerimientos curriculares. En 1919 Gabriela Mistral abandona la ciudad de Punta Arenas y su respectivo cargo directivo, no sin antes enfrentar dos grandes conflictos. En primera instancia, en el breve período de un año, la gran demanda de matrículas aumenta y duplica la cantidad de alumnas. Esto produjo la necesidad de rechazar el ingreso de otras estudiantes, por ello la poeta procura gestionar el acceso a un nuevo establecimiento, sin embargo, durante el período en que ella ejerce como directora esta necesidad no es suplida. En segunda instancia, quisiera destacar el incendio que se provocó en el liceo en mayo de 1919, donde afortunadamente nadie sufrió ningún daño, pero el gobernador militar intentó responsabilizar a Gabriela Mistral aun cuando ella había dado a conocer los riesgos de las instalaciones. Además, donó una suma de dinero considerable para la reconstrucción del liceo y se le reprochó por solicitar el reembolso. Y cabe destacar que fue la precursora para fundar una biblioteca escolar sustentada en las donaciones de sus amigos y conocidos de la esfera política-intelectual. Antes de partir a Temuco, su próximo destino, escribe a Pedro Aguirre Cerda para dar a conocer que “el liceo ha duplicado su

asistencia y la triplicará este año, al tener un local. En el edificio he hecho todo lo que pude hacerse; pero ya es suficiente” (Horan 323). Es imposible negar que Gabriela Mistral ejercía su trabajo con vocación. Esta se ve reflejada en sus palabras y en sus acciones, y aun cuando pudiese interpretarse arrogancia en la carta que dirige a su amigo, el ministro de Estado de Justicia e Instrucción, es más sensato reconocer que lo expresado es tan solo una verdad que urge, y si nosotros, los docentes de 2025, tuviésemos la mitad de gallardía y entereza que tuvo Mistral, quizás nuestras condiciones laborales serían un poco distintas. No, no creo que la vocación sea lo único que necesitamos o que deba ser el motor principal de nuestros actos, pues sería lo mismo que aceptar que la educación se construye a partir de buenas intenciones. No solo necesitamos pasión por lo que hacemos, sino también recursos, tiempo y apoyo.

En la crítica educativa mistraliana puedo identificar en ella un dejo de desilusión, un aire de pesimismo, una mano cansada. Mistral nos cuenta que “el ejercicio pedagógico, ya desde el sexto año, comienza a ser trabajado por cierto tedio que arranca de la monotonía que es su demonio y al cual llamamos vulgarmente repetición. El instructor es un mellizo del viejo Sísifo dantesco” (46). Si bien comparar la docencia con el castigo eterno del tedio es excesivo para mí, en la metáfora de Mistral se esconde algo de cierto, un diagnóstico crítico que nos caracteriza, hay un punto de encuentro entre El-Sopórtalo-todo y el Empújalo-todo de Sísifo. ¿La acción infinita de la roca podrá asemejarse a las exigencias burocráticas sin sentido que año tras año nos martiriza o a las planificaciones clase a clase que algunos establecimientos siguen manteniendo?

Mi escuela de ladrillos

Entonces, considerando los pensamientos expuestos de Mistral, ¿desde cuál flanco nos acercamos a nuestra profesión?, ¿qué imaginario provocador del docente podemos plantear? A pesar de que este ensayo ahondó en la faz oscurecida de la pedagogía mistraliana, no significa, bajo ningún caso, que la poeta no haya escrito con dulzura a favor de la docencia, ni tampoco que pueda proclamarse a Lucila Godoy como una derrotada de la pedagogía. A diferencia de los apartados anteriores, este capítulo versa sobre la esperanza, no solo la nuestra, sino también la que expresa Mistral a través de sus

escritos y correspondencia, mas la esperanza que propongo delinear no es la que reside en el afecto pedagógico, sino en la determinación docente para luchar por lo justo. En el poema *La oración de la maestra* (1922) la penúltima estrofa reza así: “Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más horas que las columnas y el oro de las escuelas ricas” (174). Aunque podamos acercarnos críticamente a la vocación y sus matices, innegablemente Mistral no solamente aboga por la educación de los más pobres a pesar de las dificultades, sino que también ora por una escuela de ladrillos construida con su entusiasmo y con su corazón, es decir, construida con su propio cuerpo y ánimo. Sin embargo, como veremos, también posee la capacidad de decir “basta” y no transar lo que para ella es digno.

La convicción que podemos apreciar en el poema citado tiene sentido si la evaluamos considerando la fecha del escrito, pues por ese entonces Mistral se desempeñaba como docente e, incluso, asumiría como directora de un liceo. Sin embargo, para esas mismas fechas, hay varias cartas de Mistral que transmiten tanto su amor por la pedagogía como su determinación para no rechazar condiciones laborales que no le agradaban. Un ejemplo de lo anterior guarda relación con su estadía en México, donde colaboró con la reforma educacional de 1922. Así se aprecia en una carta dirigida a su amigo Pedro Aguirre Cerda: “Si no acepta mi ausencia de dos años, yo me veré en la obligación de renunciar. Debo demasiado a México para irme sin dejarle un trabajo digno de su generosidad para mí” (Scarpa 182). Asimismo, se observa en una carta de 1917 dirigida a Hernán Díaz Arrieta, más conocido como Alone, a quien le solicita en su calidad de gestor que hable con sus jefes para tramitar su reubicación en Rancagua:

Lo que me importa es esto: hacer mis clases tranquila; hablarles en serio a mis chiquillas de los fenicios, que nada me importan, sin estar inquieta por esta amenaza. Si nos mueven a las dos, bien; pero que no me dejen aquí trabajando con cualquier señorita pedagoga de las horribles que conozco, que ni me dejará hacer clases en el parrón, ni reírme fuerte con mis chiquillas, todo lo cual sería echarme.

(2)

Es preciso relevar cómo Mistral a pesar de valorar inmensamente su labor, e, incluso, disfrutar de la consuetudinaria risa con sus chiquillas, tiene el valor de no transigir en lo que considera necesario, ya sea si eso es desarrollarse profesional o diplomáticamente en México o ser reubicada junto a una colega en Rancagua. Por el contrario, para ella, no vivir la pedagogía de esa manera sería igual a ser despedida, tal como lo indica al final de la carta a Alone.

La escuela de ladrillos de Mistral confiere aquello: disfrutar de la pedagogía, reírse, ponerle el corazón y el espíritu, a condición de que eso no confiera denigrar la labor y permita un mutualismo entre el ejercicio docente y los sueños personales. Ahí radica la esperanza en el ejemplo pedagógico de Mistral: abrazar el llamado vocacional, sobre todo en los sectores más vulnerables, pero sin dejar que este nos arrastre al autosacrificio profesional o personal. Considerando el imaginario de Mistral expuesto en este ensayo, algunos de ustedes podrían preguntarse, tal como la poeta vaticinó al final de su *Oficio Lateral*: "¿Y por qué a Gabriela le importa tanto defenderse del tedio y quiere poner solaz a una profesión cuya índole siempre será dura y producirá agobio? Yo les respondo que la felicidad, o al menos el ánimo alegre del maestro, vale en cuanto a manantial donde beberán los niños de su gozo" (51). Estas palabras de la poeta son hábiles, no solo por la extraordinaria calidad de su escritura, sino porque le da un vuelco a la felicidad del docente: el buen ánimo del profesorado no es un sentir colectivo, sino es una pieza fundamental para el proceso aprendizaje-enseñanza. En este sentido, la escuela de ladrillos que imagina Mistral tiene en sus aulas, posiblemente precarias, a un docente feliz quien guarda para sus adentros un sentir colectivo, pues de lo contrario los estudiantes solo hallarán un pozo contaminado del que no podrán beber.

Urge preguntarse, preguntarnos, ¿cómo debe ser nuestra escuela de ladrillos para el Chile actual? ¿Es posible un imaginario docente distinto? ¿Existe un panorama en el que abandonemos las vestiduras de el-Sopórtalo-todo? Creo que las políticas públicas de los últimos años, con incentivos tanto a futuros docentes como al profesorado en ejercicio, ha mejorado en acciones y discursos el estado actual de la labor, pero aún hay tareas pendientes. La formación inicial docente (FID) debe procurar vencer la brecha que existe entre el ideal y la realidad educativa, pues pareciera que aquello termina derribando a los jóvenes soñadores que creen en un cambio social por medio de la

educación. Aquí la FID debiese ser responsable tanto en los discursos que esgrime como en la ideología que adopta, pues hacerles creer a los futuros docentes que pueden cambiar la sociedad no solo es cruel, sino también ingenuo. En el capitalismo tardío actual, ¿la educación transforma la sociedad o procura reproducirla con sus inherentes diferencias sociales?

A modo de cierre, me gustaría pensar en los imaginarios docentes atribuidos a Mistral y cómo podemos conformar un nuevo imaginario que considere el pasado, pero que esté a la altura de las exigencias del siglo XXI. Como ya se expuso anteriormente, el ideal mistraliano de la maestra-madre tiene un lugar importante en el imaginario colectivo, lo que supone la impostura de una docente siempre feliz, dispuesta tanto a jugar como sacrificarse por entero por sus retoños. Este ensayo no niega aquella faceta, aún más cuando ella misma asume que sus versos escolares fueron una forma de pagar la deuda de mujer para con la naturaleza: “no he dado hijos, pero educo a los ajenos” (1917). Pero también hay que relevar su otra faceta, esa que se asume cansada, aquella que dice que el ejercicio docente es desalentador y que prefirió migrar a otros quehaceres, como el diplomático o el artístico. Valoremos ese cansancio de Mistral, que de cierta manera es también el nuestro. Adoptémoslo para pensar en cómo queremos asumir la vocación. Abracémoslo para pensar en un nuevo imaginario que nos represente. Entonces, valorando el ejemplo de Mistral, ¿cómo podemos proyectar un nuevo imaginario para la actualidad? El y la docente del siglo XXI debe tener la ternura precisa, aquella rastreable en las rondas infantiles, debe poseer una determinación férrea, como la demostrada en la correspondencia de Mistral cuando amenaza con renunciar, y, por supuesto, debe comprender su cansancio de manera crítica, siendo capaz de rehuir de los apremios del agotamiento diario por medio de otras tareas, tal como la poeta.

El pensamiento educativo de Mistral, originado en el seno de la necesidad, queda trunco si no nos consideramos “trabajadores de la educación”, primero porque es nuestra manera de ganarnos la vida y, segundo, porque actualmente el proceso educativo es imposible concebirlo sin el andamiaje institucional conformado por quienes a veces no son parte del profesorado, pero si trabajan tanto como nosotros por la educación. Nosotros los docentes debemos considerarnos trabajadores de la enseñanza, capaces de sudar y aventurarnos en las dificultades de las tareas cotidianas al mismo tiempo que reunimos energía para organizarnos con el fin de mejorar no solo nuestra dignidad

laboral, sino también el aprendizaje de quienes conformarán el porvenir de nuestro país. Solo así construiremos una escuela de ladrillos.

Referencias

- Alerce Producciones Fonográficas (Chile). *Rondas de Gabriela Mistral y otras canciones para niños, 1981*. 1981. Chile, Colección: Biblioteca Nacional de Chile, Códigos BN: MC0071489, www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-338597.html. Carátula acompaña casete editado por Alerce.
- Comunicaciones CIAE U. de Chile. "Abandono docente en la educación pública llega sólo a 4% anual y profesores se mantendrían 25 años en ejercicio". *U. Chile*, 27 de enero de 2025, uchile.cl/noticias/225369/estudio-ciae-aborda-abandono-docente-en-la-educacion-publica-.
- Gabriela, Mistral. *Desolación*. Instituto de las Españas en Los Estados Unidos, 1922.
- . *Los Andes, Chile [a] Alone (Hernán Díaz Arrieta) Carta, [1917], [manuscrito] Gabriela Mistral*. 1917. Archivo del Escritor/Gabriela Mistral, www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:600404. Manuscrito.
- . "Oficio lateral". *Gabriela Mistral. Magisterio y niño.*, editado por Scarpa Roque, Editorial Andrés Bello, 1979, págs. 43–51, www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8310.html.
- Hora, Elizabeth. *Mistral una vida. Solo me halla quien me ama 1889-1922*. Traducido por Jaime Collyer, Lumen, 2023.
- Roque, Scarpa. "Gabriela Mistral: Epistolario. (A don Pedro Aguirre Cerda)". *Mapocho. Biblioteca Nacional*, n.º 24, 1977, págs. 174–210, www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:76659.
- Subsecretaría de Educación Superior.
"https://portal.beneficiosestudiantiles.cl/preguntas-frecuentes/be-ca-vocacion-de-profesor-0". *Portal Beneficios Estudiantiles*, 2010, portal.beneficiosestudiantiles.cl/preguntas-frecuentes/be-ca-vocacion-de-profesor-0.